



## Consolad a mi pueblo

Por estos días nuestra Región vive momentos muy complejos, caracterizados sobre todo por la violencia y la pobreza. Todo ello no es un tema que diga relación con hechos puntuales de la contingencia actual, sino que tiene su raíz en la forma en que el naciente Estado de Chile ingresó, ocupó, dispuso y organizó este territorio ancestral, habitado por los Mapuche, el modo en que durante los últimos 150 años se ha relacionado con él y con el resto de la sociedad que se ha venido construyendo. Una historia que en definitiva, y por políticas públicas equivocadas, o poco eficientes, o al margen de su identidad y pertinencia cultural, o de las auténticas necesidades y potencialidades propias, nos ha transformado oficialmente en los últimos días, en la Región más pobre, y en una lamentable condición de zona de rezago.

Lo anterior ha traído otras consecuencias graves. Entre ellas el quiebre de la convivencia que no nos hace vernos como hermanos, sino como enemigos, hechos de violencia irracional, la suma diaria de nuevas víctimas, la pérdida de patrimonio y medios de producción, la desconfianza hacia las Instituciones Políticas, la percepción de muchos que no se les hace justicia. Se engendra así un sentimiento de dolor, impotencia, miedo, abandono y desesperanza.

Ello ha generado una deuda histórica con el mundo mapuche y el resto de la población, de la cual debe hacerse cargo el Estado por la responsabilidad que le cabe. Pero también todos cuantos vivimos en esta tierra que amamos, debemos hacernos cargo de la propia responsabilidad que nos atañen esta situación, como en la construcción conjunta de una nueva Araucanía que soñamos, en la que nadie sobre y todos se necesitan para que sea tal. Reconocimiento, paz social, buen vivir y prosperidad económica, difícilmente podrán ser fruto solo de leyes, violencia o represión, sino y ante todo, de la predisposición de cada uno de sus habitantes. Más que desarmar las manos, hay que desarmar primero los corazones. La región que anhelamos pasa por desarrollar en nosotros la capacidad de escuchar, dialogar, empatizar, incluso ceder en pos de un bien superior. Derribar murallas, prejuicios y odiosidades para ir al encuentro de los otros. Si no hay paz y justicia para todos no las habrá para nadie.

«Consolad, consolad a mi pueblo» (Is 40,1), son las sentidas palabras que el profeta Isaías pronuncia también hoy, para que llegue una palabra de esperanza a cuantos sufren y padecen. No nos dejemos robar nunca la esperanza que proviene de la fe en el Señor resucitado. Todos tenemos necesidad de consuelo, porque ninguno es inmune al sufrimiento, al dolor y a la incomprensión. Cuánto dolor puede causar una palabra rencorosa, fruto de la envidia, de los celos y de la rabia. Cuánto sufrimiento provoca la experiencia de la traición, de la violencia y del abandono; cuánta amargura ante la muerte de los seres queridos. Sin embargo, Dios nunca permanece distante cuando se viven estos dramas. Una palabra que da ánimo, un abrazo que te hace sentir comprendido, una caricia que hace percibir el amor, una oración que permite ser más fuerte..., son todas expresiones de la cercanía de Dios a través del consuelo ofrecido por los hermanos.